

NOÉ JITRIK. *Los grados de la escritura*. Buenos Aires: Manantial, 2000.

Antes se aprende a morir que a escribir

—Enrique Vila-Matas

Este volumen reúne trabajos que Noé Jitrik ha producido en diversos momentos alrededor del “objeto escritura”, una preocupación que el autor confiesa motivada por su encuentro con *De la grammatologie*¹ a fines de los 60. Después de un inicial interés por la lectura, “mi espacio mental –escribe Jitrik– iba siendo ganado por requerimientos relacionados con la escritura...” (9).

Visto en su globalidad, el libro de Jitrik viene a ser una especie de parábola involuntaria cuya moraleja es la dificultad misma del escribir sobre el escribir. Bajo la égida de un deconstruccionista como Derrida, cuya obra arroja una sombra omnipresente sobre todos los ensayos de este libro, Jitrik trata de atrapar el “objeto” escritura sufriendo las consecuencias de su volatilidad. Desde el principio el tono ensayístico se convierte en una narración “experiencial” de la escritura como “hecho perturbador por su carácter metafórico”. Por ello, uno de los principales aportes de este libro no se alcanza por los mecanismos de la demostración, sino por los de la simple ostensión. Dice al respecto el propio autor: “...mis escritos sobre ‘comienzo’ bien pueden ser ilustrados por mis comienzos, mis escritos sobre ‘final’ por mis finales, mis escritos sobre ‘corrección’ por lo que en mis textos pueda percibirse sobre tal acción” (12).

La paulatina y fragmentaria aparición del tema “escritura” en un escritor experto como Jitrik, es un buen indicador del carácter de la escritura como objeto de conocimiento y reflexión. Como se señala en el ensayo introductorio, la escritura “ocurre” como “un río subterráneo que bien puede ignorarse aunque bien puede ser que no se vea” (11). Su aparición en el horizonte intelectual de Jitrik ocurrió casi inadvertidamente, al principio apenas insinuándose. He ahí una primera lección: por paradójico que pueda parecer, un crítico literario de la esta-

¹ Existen varias ediciones en español, J. Derrida, *De la grammatología*, publicadas en Méxi-co por Siglo XXI editores.

tura de Jitrik sufrió la concientización de la escritura como un lento y complejo proceso del que, desde el inicio, nunca ha tenido plena conciencia ni control. Pareciera, en este sentido, que incluso aquellos que tienen por objeto central de reflexión el texto escrito en sus modalidades más complejas –la novela, el poema, el ensayo–, bien pueden quedarse hasta el final de su vida letrada en la contemplación de lo que la escritura *dice*, sin percatarse ni reflexionar nunca sobre lo que la escritura *es*: “en el conjunto, pretendo poner un tema en la mesa que, como decía el filósofo, por conocido nos es desconocido...” (12). La situación en la que se encuentra el sujeto de la escritura frente a su práctica es, por lo tanto, paradójica: para poder hacer uso pleno de ella, tiene que construir una *conciencia* de su naturaleza y sus pormenores declarativos y procedimentales (cf. Allal). La escritura, empero, se resiste a este tratamiento metacognoscitivo y resulta una criatura indócil incluso para aquellos que supuestamente ostentan las armas conceptuales necesarias para discernir su naturaleza más profunda.²

Si hemos hablado aquí de inspiración derrideana, es porque en este libro todo deriva en la deconstrucción de la idea tradicional del vínculo entre escritura y pensamiento. Como es sabido, el autor de *L'écriture et la différence* inauguró la crítica de la escritura filosófica en tanto que práctica negada o, más bien, en tanto que ejercicio asumido como puramente subsidiario y mecánico por un pensamiento filosófico que se ve en el texto escrito como en un espejo que pasivamente le devuelve su imagen, sin aportar nada a ella ni interferirla en ningún sentido. La escritura ha sido una herramienta puramente utilitaria, con la que el filósofo no parece tener ningún compromiso intelectual específico. Más aún, éste asume la tarea de escritura a contrapelo: “los filósofos escriben –señala Jonathan Culler– pero no piensan que la filosofía deba ser escrita... La filosofía que escriben trata a la escritura en calidad de medio de expresión, lo que es en el mejor de los casos irrelevante para el pensamiento que expresa y en el peor una barrera a ese pensamiento.” (Culler, *Sobre la deconstrucción* 76).

En *Los grados de la escritura* Jitrik sigue los pasos de Derrida y se ocupa de la escritura como objeto y como proceso, pero pone énfasis no en la arquitectura ya inerte de los productos (la crítica literaria que contempla la obra como un logro del escritor que sólo requiere apreciación justa) sino en esos “espacios en los que ocurren cosas”, los

² Véase el planteamiento de J. Brockmeier para el caso de la lingüística, en la que se repite la paradoja mencionada: la escritura es una condición fundamental para ese saber disciplinario, al tiempo que, como objeto de estudio, ha sido ignorada por sus principales representantes a todo lo largo del siglo XX hasta la actualidad.

sucesos de la escritura que constituyen la “experiencia” dinámica de ese medio. De esta manera, descentra la propia consideración del lenguaje literario, colocando a la escritura y al acto de escribir en sí como espacio de irradiación y tránsito que se cumple de la experiencia lingüo-comunicativa (dimensión instrumental) a la experiencia estética (dimensión poética). Este “corrimiento” de la reflexión revela un “lugar” inédito por inexplorado, esa especie de inconsciente del sujeto escritor, poblado de demonios que muy pocos de los que usan la escritura más allá de lo puramente instrumental cotidiano llegan a confrontar con plena conciencia. Quizás por ello mismo se ve a Jitrik en este libro dudar y, en no pocas ocasiones, trastabillar al ocuparse de temas como el comienzo y el final del acto de escribir, “el concepto central de corrección”, o la escritura como desarrollo. Todo ello es un efecto de haber optado por un método difícil de utilizar (para nosotros, que leemos, también lo es entender su deriva), porque en su centro las jerarquías se encuentran invertidas y los componentes y las relaciones sometidos al efecto de sus márgenes, es decir, al rigor de sus propias paradojas. El resultado es un *tour de force* que se debate entre la lucidez y el diferimiento, con momentos realmente iluminadores sobre la experiencia individual y social de la lengua escrita, pero también con pasajes que son meros tanteos en un territorio en el que incluso Jitrik resulta ser un novicio.

Los ensayos que componen *Los grados de la escritura* revisan algunos conceptos claves de la escritura como praxis, pero están lejos de conceptualizar su objeto en términos de adecuación empírica, tal como lo hace la muy reciente psicolingüística de la lectoescritura, cuyos enfoques procesuales han invadido las publicaciones especializadas del campo.³ El juego discursivo del libro tiene una clara filiación posmoderna, en un acercamiento al “objeto” escritura desde una perspectiva que vincula, en la experiencia del sujeto, la superficie del proceso y su producto con los componentes cognoscitivos y emocionales profundos, en los linderos de lo psicoanalítico y lo filosófico. A este respecto, la reflexión de Jitrik es penetrante, pues, además del conflicto cognoscitivo inherente al desarrollo de las capacidades de producción del texto escrito —el tránsito del escritor novicio al escritor experto—, se desarrollan planteamientos muy específicos sobre los componentes

³ Véase, sobre todo, publicaciones académicas como la revista *Written Communication*, pero también libros como el de R. Indrisano y J. Squire o, en es-pañol, R. Harris.

propiamente afectivos de la actividad de escribir. Por ello, al hablar sobre el acto de decidirse a empezar a escribir, Jitrik señala:

... Es, como toda decisión y por más precisa y acotada que sea, fuente de angustia tanto porque el equilibrio precedente supone una ilusión de convivencia con un temporalidad infinita como porque estructura eso previo en una dimensión espacial, siempre procelosa, comprometedora... y de culpa porque esa nueva estructura, siendo otra de lo que estructura, inevitablemente lo traiciona y modifica, lo tergiversa. (57)

Hablar de angustia y culpa respecto de la escritura puede parecer descabellado a una conceptualización pedagógica del problema que sólo concibe al sujeto escritor como un procesador de normas lingüísticas que acotan la comunicación de un contenido previamente definido y de naturaleza puramente intelectual. Pero ¿quién no se ha sentido sometido a ambos estados psicológicos cuando lee y relee lo que está escribiendo y, sobre todo, cuando otro va a leer lo que ha escrito? Por ello, Jitrik no tiene empacho en corregir esa perspectiva empobrecedora (que es moneda corriente en los ambientes escolares donde se “enseña” a escribir) y se lanza a desarticular la voluntad deseosa que se activa cuando un sujeto se decide a ejercer la escritura y se enfrasca en ello. Aprender a escribir es mucho más que lograr hacerlo con corrección y con eficacia suficiente para comunicar significados. En estos ensayos se muestra y se demuestra que escribir es, además, alterar radicalmente el orden de las cosas, construir el yo personal más profundo, y desplegar una representación del mundo que en no pocas ocasiones compite con su realidad en cuanto a complejidad y significación. Por ello, el proceso de escritura no es una transacción simple entre el lenguaje y el contenido referencial. Involucra, más bien, un compromiso que, si se asume plenamente, conlleva una actividad cognoscitiva muy demandante y emocionalmente extenuante.

De esta manera, si se examina el índice de este libro, la impresión que surge en el lector es que se trata de un manual de redacción. Pero nada más lejos de eso, a pesar de que se dediquen ensayos enteros al orden de la escritura, a su inicio, a su final, a su desarrollo, a la corrección. Más bien, si se quiere visualizar así, se trataría de un manual de redacción para alguien que quiere aclarar sus dudas por medio del método freudiano. Por ejemplo, véase esta disección, de una ironía un poco macabra, del vínculo maestro-alumno y sus consecuencias inmediatas y mediatas cuando la escritura se instaure como objeto de negociación pedagógica:

En términos escolares, el maestro, activo, que trabaja, corrige los errores de los alumnos. El niño, pasivo, está tan dispuesto, porque le ha sido tan bien impuesto, a padecer esa operación que todos, maestro y niño, están convencidos de que en el acto de corregir al niño se aprende... El resultado de la acción se verá al final, en la ortografía y comportamientos correlativos; si el maestro ha sido hábil y suave dará lugar al agradecimiento; si ha sido un bruto traumatizante, a un recuerdo cuyo valor podrá ser ajustado en el diván del psicoanalista 20 años después, en el mejor de los casos, o nunca, en el más corriente, con sus secuelas de horror a la letra escrita y aun al pensamiento. (76)

Así pues, Jitrik aporta otros elementos a la dilucidación de un objeto de interés académico más bien reciente. Lo que en los ambientes literarios y lingüísticos hasta hace poco se concebía sólo desde un punto de vista normativo –ser escritor o querer serlo se entendía, por lo menos, como escribir o llegar a escribir correctamente–, ya es un tema de investigación y reflexión que se expande más allá de los manuales de ortografía y de la aplicación de las reglas para la lengua escrita de la Real Academia. Desde principios de los 60, a una *psicolingüística* de la escritura desarrollada desde diferentes enfoques teóricos, es necesario agregar la *historia* social y cultural de su desarrollo, empresa de gran envergadura que transita desde el devenir de los sistemas de representación de los sonidos o las palabras de las lenguas, hasta el análisis minucioso de aspectos tan aparentemente subsidiarios como la segmentación de palabras y la puntuación. El pequeño volumen de Jitrik parece agregar ahora una *terapéutica* de la escritura que tiene como tarea central el saber dónde “pasan las cosas” cuando el sujeto escribe. El escenario que se abre, entonces, es el de un derribeano conjunto de “voliciones, saberes, impulsos” que, si no se asumen en forma consciente y controlada, hacen que “la escritura corra el riesgo de deslizarse y perderse”. En este contexto de deriva y deseo, la siguiente parada obligatoria tendría que ser –como hubiera dicho la Sontag– no tanto una extensión obsesiva más de la *hermenéutica* de la escritura, sino más bien su no menos urgente *erótica*.

BIBLIOGRAFÍA

- Allal, L., L. Chanquoy y P. Largy, eds. *Revision. Cognitive and Instructional Processes*. Boston, Kluwer Academic Publishers, 2004.
- Brockmeier, J. “The Rise of Literacy Episteme”, *Redefining Literacy-On line*, boletín electrónico del Language, Literacy and Mind Research Group de la Universidad de Ontario. 2002. <<http://sn.oise.utoronto.ca/redefiningliteracy>>.

- Culler, J. *Sobre la deconstrucción*, Madrid: Cátedra, 1984.
- Harris, R. *Signos de escritura*, Barcelona: Gedisa. 1999.
- Indrisano, R. y J. Squire. *Perspectives on Writing: Research, Theory, and Practice*, Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum Associates. 2000.

Gerardo López Cruz
Universidad de Sonora